

EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa instruida en el juzgado de primera instancia de Novelda contra Antonio Bolo; sobre heridas á José Vallejos y otros y muerte á José Iborra.

(Continuacion.)

«**M**onomanía, dice Orfila que es una idea falta de razon, una pasion ó una afeccion moral, patológica esclusiva ó dominante. Suele acompañarse de tentaciones ó actos de destruirse: *monomanía suicida*, ó de matar á otro: *monomanía homicida*. En ella obra el enagenado á las veces sin mostrar ninguna alteracion sensible en su inteligencia ó en sus afectos, con una conviccion íntima, pero delirante; su imaginacion está descarriada, sus racionios son falsos, su locura es evidente; es arrastrado por un instinto ciego, indefinible, que le impele á matar: delirantemente reflexiona sobre aquello mismo, y aun cuando su conciencia le advierte lo horrible del acto que va á cometer, su voluntad, si es que la conserva aun, cede á la violencia del impulso, y el hombre queda por consecuencia privado de su libertad moral. Entonces es ya esclavo de una pasion violenta, es un loco, tan completamente loco, como el que delira en todo y por muchos años.

«Es uno de los caracteres mas esenciales de esta enfermedad, la falta de motivo para cometer el atentado: por eso, Sr. Esmo., unas veces dan la muerte los monomaniacos á las personas que mas aman, y aun se las dan á ellos mismos á continuacion: otras no ven en todas partes, (y note esto la sala) sino enemigos y rivales dispuestos á terminar su existencia: otras en fin cometen un homicidio para ser condenados á la pena capital, sea porque no tienen valor para quitarse á sí mismos la vida, ó porque no quieren morir ofendiendo á Dios, perdiendo el tiempo que para prepararse tiene, el que espera los efectos de la justicia humana.

«La edad en que generalmente se nota esta dolencia es de 30 á 45 años, y observado está que su impulso es tanto mas fuerte, cuanto menores obstáculos tiene que vencer con los hábitos ó instruccion del paciente. A escepcion de estas alteraciones, el juicio está sano, hablan y racioninan muy bien, se quejan á veces de la prision que sufren, y si saben que sus ideas pasan por extravagantes, conservan bastante imperio sobre sí mismos para disimularlas.

«Ahora si cotejamos con esta sucinta relacion sacada de las obras de Orfila, Franch, Peiró, Joderé y Pinel, las circunstancias del presente caso; veremos, palparemos, Sr. Esmo., que Antonio Bolo en aquel

lance sufrió y fue involuntariamente arrastrado por un impulso funesto al homicidio.

«Es el primero y principal carácter de la monomanía la falta de motivo para cometer el atentado. ¿Y resulta que el Bolo tuviese alguno? Con ansiosa curiosidad esperaba el defensor que el fiscal de S. M., con su clarísimo ingenio, descubriese y señalase una causa grande, poderosa, terrible; una de aquellas funestas pasiones que apagan en la mente del hombre la luz de la razón, que ahogan en su pecho todo sentimiento de humanidad, y que hasta borran los claros y sencillos rudimentos de moralidad que el dedo del Criador grabó con indelebles caracteres en la mente del hombre; y cuando con afán lo esperaba así, vió, Sr. Escelentísimo, que S. S. en una de sus esposiciones decía: «El motivo que aparece impulsó á Bolo para buscar y herir á Vallejos, fue el deseo de vengar una ofensa reciente por la disputa que habia tenido con él aquella misma tarde.»

«Y unas palabras, Sr. Esmo., que ni merecen el trabajo de recordarlas, tenidas entre los que amigos eran, ¿habian de bastar á producir en el ánimo de uno de ellos la firme resolución de matar al otro, no en los momentos mismos de la disputa, no en un raptó de cólera, sino cuando habian trascurrido algunos instantes, cuando apenas debia y podia quedar memoria de una cosa tan frívola y despreciable? ¿Es esto creíble? ¿es verosímil? Pues menos debe serlo aun, el que ello fuese todo el motivo de tan extraordinario y pasmoso suceso, porque nunca se vió obrar así á los criminales, cuanto menos á los hombres honrados como Antonio Bolo.

«Que no hay otro motivo, halo dicho el fiscal de S. M.: Que toda acción humana debe siempre reconocer un móvil, lo sabe V. E., porque el hombre, por perverso que sea, aunque sea un monstruo de ferocidad, procede siempre, al cometer el crimen, con algun interés ó motivo. Por esta razón, el feróz bandido asesina al viagero, porque le roba, y tiene interés en que su crimen quede oculto. Por lo mismo, el autor de un delito, para cuya egecución necesita un cómplice, enseñando al que fue su compañero el dorado premio, clava alevoso puñal en su pecho, y cubre su secreto con el impenetrable velo de la muerte.

«Luego no puede ser sino loco, frenético el que se arroja á un atentado como ese, sin que le impela á ello un motivo, una causa; y causa proporcionada, bastante para producir tan pasmosos, tan incomprensibles resultados.

«Con efecto, Sr. Esmo., si el hombre, aunque tenga instintos de tigre, nunca procede sin motivo, sin causa ó interés: si el que el Sr. fiscal invoca, no esplica bastantemente el efecto producido; ahí tiene V. E. un suceso que no puede comprenderse, por haberse verificado sin causa alguna aparente ni imaginable. Si Antonio Bolo es como resulta de autos hombre pacífico y no entregado á vicio alguno, si nadie tuvo de él la menor queja jamás, tampoco puede esplicarse ese furor inaudito, esa serenidad imperturbable al acometer á los tres primeros que encontró, á quienes no conocia, con los que no tenia el menor resentimiento, sin meditar, que siendo él solo para los tres, hubieran podido hacerle sentir su temeridad.

«¿Pero cómo? Que si él efectivamente fue, lo cual yo no consiento, aco-

mete el primero á José Iborra que era un anciano, y por consecuencia al que menos podia temer, y le derriba al primer golpe; diríjese contra otro, Antonio Diaz, y como diera el golpe en vago, cae Bolo en tierra al impulso, cosa en verdad que no dejará de llamar la muy digna atencion de V. E., porque aunque Antonio Diaz para evitar el golpe diera como dió un salto, no habia motivo para que mi cliente, que no le conocia, hubiérale tirado con tanta rabia; con mucha, cuando errando el golpe, no pudo sostenerse y cayó al suelo.

«Aun hay mas: encuentra despues el acusado á Antonio Peñalva, le acomete como á las demas y le da un fuerte golpe, V. E. esperará oír con qué, con el mango de la daga. (Tambien esto debe llamar la atencion de la Sala.) No lo conocia, no tenia por consecuencia resentimiento, y se dirige contra él como contra aquellos, con la sola diferencia que como no sabia (y esto lo ha reconocido el Sr. fiscal) contra quien dirigia las puñaladas, tampoco sabia como las daba. A aquellos les dió de punta y les hirió, á éste con el mango y no le causó por ello la menor lesion. ¿Y obra así un hombre criminal?

«Pero no es esto todo, Sr. Esmo. Dirigese Antonio Bolo á su casa, toma la carabina y vuelve á salir á la calle con la mayor serenidad, no como hombre que tiene gravada su alma con el peso de un atroz delito, sino como el que no abriga el menor temor por su mala accion, como el que aguarda la mano de la justicia; cuando tan fácil le era huir, lo cual es muy propio tambien de los monomaniacos.

«No huye como hubiera hecho el criminal acosado por su atroz delito, no procura ocultarlo, pues consta y oír á V. E. tal vez al fiscal de S. M. que se lo dijo á su patrona; tuvo tiempo y no arrojó las armas que habian de evidenciar su crimen; al contrario, toma la carabina y con el alma tranquila, con la mayor serenidad de corazon permanece quieto en el mismo instante en que debió creer que se le perseguía. Llega la justicia, cuasi le sorprende en su crimen, y cuando natural, y muy natural era que este hombre se amedrantase y huyese á la vista de ella, cual lo hiciera otro, aunque un mónstruo de ferocidad fuese, se prepara de nuevo á cometer mayores atentados; resiste á la justicia; todos tienen que tomar parte en la refriega para contenerlo. ¿Y puede obrar un hombre así por las solas palabras tenidas con Vallejos?

«¿Y para qué tomó Antonio Bolo de su casa la carabina? ¿Para fugar, Señor? No, porque á quererlo hacer, á pensarlo si para ello estaba su cabeza, no hubiera dejado de conocer que de incomodidad y nada mas habia de servirle en su fuga, que habia de llamar la atencion de cuantos le viesen con un arma y sin insignia alguna de policia, que habia de ser un motivo, en fin, para ser descubierto; y esto, si Antonio Bolo hubiera sido criminal no lo hubiera querido. Tengo por lo mismo para mi firme y resueltamente, que él habia pensado matarse despues de consumir aquel atentado, y en ello me afirmo cuando veo, que teniendo cargada la carabina no quiso tomarla para ir contra Vallejos y los demas; la tomó cuando para nada la necesitaba. Luego era su obgeto dispararla contra sí mismo. Esto es propio de los monomaniáticos y Antonio Bolo ya sabia hacerlo: ahí está sino la causa de suicidio que se le formó.

«¿Y podrá V. E. dudar ahora que solo en un momento de fatal demencia pudo este hombre consumir tan lastimosa tragedia y prepararse aun á

mayores atentados? ¿Podrá V. E. dudar que ello reconoce mas bien por causa una fatalidad que una mano delincuente?

«Compárese sino esta conducta, con la que observan los criminales, y se verá que mi cliente es una escepcion singular de todos ellos.

«Luego hay motivos suficientes para juzgarle demente, insensato; hay ademas y valen mucho las dudas que se ofrecieron al celoso y digno fiscal de S. M. al examinar por vez primera esa causa.

«Perplejo y dudoso quedó entonces el ánimo de S. S., explicar no pudo los hechos que siguieron al de Vallejos, *cualquiera que esa causa leyese dudará, dijo, la serenidad, añade, de Bolo al declarar ser él el autor de tan lamentables sucesos, es muy sospechosa atendidos todos los antecedentes, porque á escepcion del resentimiento de Vallejos, no hay malquerencia, no hay enemistad, como que Bolo no sabia contra quien dirigia las puñaladas, y sanguinario no es, porque la buena conducta observada en el servicio no la dejan creer; luego es muy posible que sea loco, porque hay ademas un precedente digno de toda atencion: la causa de suicidio que se le formó por haberse disparado un tiro. Venga esa causa á esta, sin ella no se atreve el fiscal á acusar á Antonio Bolo, con conciencia tranquila y segura.*

«Así, con toda esta imparcialidad que ciertamente le honra mucho se explicaba el Sr. fiscal en su primera esposicion, y V. E., ilustrado y recto se sirvió acordarlo, como lo pedia, por su respetable decreto de 12 de diciembre último.

«Y bien, Sr., se unió. ¿Pero hanse resuelto las dudas que antes suspenso y muy suspenso el ánimo tenian? ¿Hase descubierto algun rayo de luz que disipe las tinieblas que cercan á este hecho extraordinario? Sí, en concepto del fiscal de S. M., sí tambien, pero en sentido contrario y muy contrario en el del defensor de Antonio Bolo. Yo he invocado mi razon y mi conciencia para examinar aquel proceso con imparcialidad, y claramente está consignado en él, que Antonio Bolo un año antes sufrió una monomanía suicidad, segun dicho de dos facultativos, y no faltarán otros dos que reconocieron en él un temperamento altamente bilioso, melancólico y predispuesto por consecuencia á la manía.

«Pensaba yo que esto mismo hubiera aumentado las dudas del Sr. fiscal, y tal vez V. E. hubiéralo así creído sino oyera en su esposicion que se ha leído tambien lo contrario; porque digo yo y dirá cualquiera: Si el Sr. fiscal en un principio no pudo explicar el hecho que motivó el procedimiento de otro modo, que suponiendo en Antonio Bolo instintos de tigre, ó en sus funciones intelectuales trastorno notable; cuando este se evidenció por haberse reportado á la causa la que se le formó sobre suicidio que milagrosamente no se consumó, entonces aquellos que fueron en S. S. dudas debieron convertirse en una conviccion moral de su ninguna culpabilidad, que pudo y debió ser bastante para unir su voz á la mia, solicitando la absolucion del que defendiendo.



A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

VII.

CLUB.

Las voces que se oían en la calle, penetraron hasta el recinto en que D. Hipólito dormía, abrazado con su libro de memorias. La vieja Estefanía despertó también de aquella especie de letargo en que la habían sumergido por una parte el cansancio del día, y por otra las poco corteses expresiones de su huésped. Se levantó de su asiento, y llena de asombro exclamó:

--¡Dios mío! ¿qué voces son esas? ¿si habrán descubierto por ventura alguna cosa?

Y para salir de esta duda apremiante, se encaminó hacia la ventana, la abrió un poco, y aplicando el oído dijo:

--¡Nada se oye!

Entonces, mas repuesta asomó la cabeza y nada vió. Con efecto, todos habían desaparecido, y el mayor silencio reinaba en la calle.

Persuadida de que ya ofrecía seguridad, se dirigió al cuarto de D. Hipólito, no sin tener la precaución de pararse delante de la mampara, y preguntar con una voz que traslucía el respeto que le infundía el personaje que había dentro.

--Don Hipólito, no tenga V. miedo: el peligro ha desaparecido.

La voz de D. Hipólito se dejó oír casi al mismo tiempo, pero temblorosa y agitada.

--¿De veras, Estefanía, murmuró?

--Sí, repitió ésta desde fuera.

--¡Gracias á Dios! contestó D. Hipólito.

Y acompañó á estas palabras un profundo y fuerte suspiro, señal infalible de que veía terminado un incidente desagradable para él.

--Entre V., entre V., Estefanía, se apresuró á decir.

La vieja entró.

Don Hipólito estaba de pie, teniendo su libro de memorias debajo del brazo, como un muchacho lleva el suyo cuando va á clase.

--¿Qué ha sucedido? preguntó D. Hipólito, tan pronto como la vieja se puso delante de él. Habla pronto.

--Señor.... murmuró ésta....

--No te detengas: cuenta el hecho.

--Pero sino sé nada....

--¡Imposible!

--Repito que no sé nada. Dormía, y el ruido de voces y gritos....

--¡Con qué dormías! ¿Y te pago yo acaso para que duermas en las horas en que vengo á esta casa? exclamó D. Hipólito dando una patada en el suelo que hizo temblar el pavimento.

--Me habían disgustado tanto las palabras de V., que no he podido resistir á la tentación de sentarme en la silla, y....

Donde la roja enseña tremolaba,
Salta en tierra Roger, y su bandera
En las arenas húmedas fijaba:
Allí contó sus días por sus glorias,
Cuantas las guerras, tantas las victorias.

XVIII.

Cual rio que saltando sus riberas,
Bosques y campos hasta el monte anega,
Despiden tanta gente las galeras
Que su clamor guerrero al cielo llega;
Todos quieren la lid, quieren de veras
Prontamente vengar la gente griega,
Nadie empuña la espada, ó blande lanza,
Que no desee herir sin mas tardanza.

XIX.

Roger de Flor, cual gefe sábio enfrena
El bélico ardimiento que le agrada,
Hace formar sus huestes en la arena
Que por el quieto mar es plateada:
Los caudillos nombró; que parta ordena
A su mando la fuerza fraccionada:
Sostiene al menos fuerte, al bravo alienta,
Y halagando á los gefes les contenta.

XX.

Mientras su fuerte egército revisa
Que al viento sus pendones desplegara,
Un griego que en la playa se divisa
Galopa en su corcel cual si volara;
Aunque armado es de paz, así lo avisa
El blanco lienzo que su mano alza,
Y es presagio de luto si no mienten
Sus ojos que sin fin lágrimas vierten.

MI CORAZON POR TU AMOR.

Llevan las ondas del viento
La fragancia de las flores
Y sus cándidos colores
Marchita su insano aliento:
Si el alba las acaricia,

El insecto presuroso
Roba del cáliz hermoso
La dulce miel que codicia.
Mas tambien como en la flor
Es la dicha en mi mentira,

Mientras ansioso suspira
Mi corazón por tu amor.

Siempre una imagen destella
En mis ensueños queridos,
Que es imán de mis sentidos,
Y vivo solo por ella.

¿Mas qué exiges, bella ingrata,
De un pecho do imperas tanto,
Si, ni te ablanda mi llanto
Y tu desvío me mata?

¿No han de humillar tu rigor
¡Ay! los ecos de mi lira,
Mientras ansioso suspira
Mi corazón por tu amor?

Asoma el sol por oriente
En la cándida mañana,
Su bella faz de oro y grana
Que ha de hundirse en occidente.

Vaga la luna tranquila
Allá en la celeste esfera
Hasta que al fin su lumbrera
La blanca aurora aniquila,
Y siempre su resplandor
Mi frente abatida admira,
Y es porque ansioso suspira

Mi corazón por tu amor.

Yo vi la linfa riante
Que el márgen del Túrria baña,
Verde el junco y la espadaña
Doblegar en su corriente.

Y altivos cual tú crecían
Sin oír su vano orgullo
De las aguas el murmullo
Que sus hojas relamían.

Mas tu poder es mayor,
Y así mi mente delira

Mientras ansioso suspira
Mi corazón por tu amor.

Si es que falta á tu belleza
Una flor en su corona,
A sus muchas eslabona
De mi pecho la tristeza.

Mas no ciñas por engaño

Acaso la mas dañina,
Que en ella crece la espina
Del funesto desengaño....

Guarda en tu pecho mejor

Ese tormento, mi Elvira,

Que matára al que suspira

Noche y día por tu amor.

J. R. Villegas.

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Barba de la Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

El posadero le miró con ojos atónitos.

--¿No queréis postres?

--No.

--Mariquita una luz, y luego dirigiéndose á Felipe le dijo: vais á ver como en esta posada encontráis una buena cama, y no sereis vos el primer caballero que ha dormido en ella.

--Siento mucho no poder daros gusto, y mas que eso, siento no poder proporcionar una noche de descanso á mi cuerpo, pero en esta ocasion no puedo detenerme mas: asuntos de importancia me obligan á caminar de prisa.

--Mariquita, dijo el posadero, venga un candil; sino sirve para ir al cuarto, servirá para sacar vuestro caballo de la cuadra.

El posadero salió de la cocina, y Felipe desabrochándose su jubon sacó de su cinto un puñado de escudos, á cuya vista brillaron los ojos de Mariquita que estaba atizando el fuego. Poco despues se oyeron las pisadas de un caballo, y la voz del posadero que decia: -

--Cuando querais, podeis montar á caballo.

--Entra á cobrar, dijo la tia Mariquita, temiendo no se le olvidase á su marido el hacerlo: éste entró en la cocina, y acercándose á la mesa, vió cuatro escudos que Felipe habia colocado en un ángulo.

--Cuatro hay: ¿estais contento?

--Con uno está pagado el gasto; por lo demas os doy gracias.

Iba el posadero á meterse el dinero en el bolsillo, cuando se oyó en la calle en medio del silencio de la noche un grande estruendo, producido por caballos que corrian al galope: de repente pararon estos, y la puerta de la posada tembló á los golpes que descargaron en ella.

El posadero corrió á ver quien llamaba con tan poca moderacion, y su muger echó á correr tras de él. Felipe esperó que el posadero volviese á decir quien era.

Algunos minutos despues entró éste en la cocina sonriéndose y diciendo:

--Aun monta el mismo caballo.

Felipe se hizo un paso atrás: en aquel momento se oyó el galopar de dos caballos.

--Ya se van, dijo el posadero.

--¿El que acaba de pasar ahora es el de esta tarde?

--Sí, el mismo.

--Pero no va solo

--Le acompaña un fraile.

--¿Un fraile?

--Sí, un fraile.

--¿Y qué querian?

--Hacerme una pregunta: pretendian saber si habia descansado en mi posada un caballero llamado Felipe de Luxer ó de Lunes: no recuerdo el apellido.

Felipe se puso pálido.

--¿Y qué habeis contestado?

--Que no, y en efecto tal caballero no ha entrado en mi posada. Si hubiesen dicho que era español, hubiera creido que preguntaban por vos, pero han dicho que el que buscan es francés.

Felipe fijos sus ojos como si reflexionase en lo que debia decir ó hacer.

--¿Os han dicho si iban á Francia?

--Sí.

--¿Pero no habrán dicho á qué punto?

--He oido que el fraile decia á su compañero. —Es preciso llegar antes que él.

--¿Estais seguro de lo que decís?

--Lo han oido estos, que no me engañan nunca.

--¿El caballo está dispuesto?

--Esperándoos.

Felipe salió de la cocina al patio, en donde encontró el caballo ensillado y la puerta abierta: montó en él, y luego que se hubo acomodado, clavó las espuelas en sus hijares. El pobre bruto se encabritó á tan terrible aviso, y luego salió de la posada como un relámpago. Algunos vecinos salieron á las ventanas al oír el galope de aquel caballo que parecia correr desbocado ya.

--¿Quién diablos corre de esa manera? dijo uno desde lo alto de su ventana.

--¿Ha salido de la posada de Zeain? preguntó otro.

--Sí, de mi posada, dijo el posadero que habia salido á la calle á ver partir á su huésped, pero me temo que si sigue corriendo de esa manera, va á espiar con la muerte el susto que os ha dado.

--Dios os oiga, dijo uno cerrando su ventana.

El posadero Zeain cerró su posada, y media hora despues en aquella calle, como en el resto del pueblo, ningun ruido interrumpia el silencio de la noche.

CAPITULO XIV.

De como Felipe de Luchex tiene noticias de París en el primer pueblo de Francia, y de como pasaron por su lado dos caballeros que no pudo conocer.

Luego que Felipe se vió fuera de la poblacion, comenzó á discurrir sobre el motivo que obligaria á Clopin á correr en busca suya, y por qué habria salido de Francia para volver á entrar en seguida acompañado de aquel fraile. Su primera idea, y lo que primero atormentó su imaginacion, fue el recuerdo del asesinato del duque de Marancy, y al pensar esto maquinalmente, detenia su corredor caballo, el cual galopaba como si fuese á llevar á su amo á la victoria, pero luego pensaba en que si se hubiese descubierto todo, Clopin no regresaria otra vez á Francia, y entonces volvía de nuevo á espolear su cabalgadura, deseando tropezar pronto con él para saber la verdad, y salir de aquel laberinto de dudas que abrasaba su cabeza.

Una hora hacia que habia salido de Irun, cuando le pareció descubrir una luz que brillaba sobre una negra masa, que él creyó seria alguna venta.

Tres minutos despues descubriólo todo con claridad: era en efecto una venta lo que tenia ante sus ojos, y en la puerta que estaba abierta habia dos ó tres hombres hablando. Felipe se acercó á ellos, detuvo su caballo, y les preguntó si habian visto pasar hacia poco á dos caballeros montados.

--No hace un cuarto de hora que han pasado por aqui dos corriendo como desesperados, uno de ellos nos ha parecido que era fraile.

--Sí, fraile es, dijo uno de los que estaban á la puerta: yo los he encontrado en el barranco, y el fraile me ha preguntado si iba delante un caballero, á lo que he contestado que no habia visto á nadie; y la verdad sea dicha, no he visto á nadie.

Felipe no quiso saber mas por lo que acababa de oír: creyó que estaba ya muy cerca de ellos, y esto lo reanimó.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

LAS GUERRAS CIVILES, *drama original en tres actos y en verso*, por **Don Eusebio y D. Eduardo Asquerino**.

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci....
(Horacio.)

Tan olvidados se encuentran por desgracia los estudios concienzudos sobre los diferentes ramos que abraza la literatura moderna, que ya casi ofrece todos los visos de una brillante paradoja, la consignacion mas clara de las verdades fundamentales en el orden artistico. Las preocupaciones mas ó menos arraigadas, menos ó mas estendidas, son necesaria secuela de aberraciones bien palpitantes; pero ¿quién cuida de destruirlas? ¿hay algun razonador bastante sesudo y capaz que, abordando los últimos límites de la filosofía de la literatura en su estado actual, haya formulado una série de proposiciones demostrables y destruido al paso tantos errores apadrinados por personas que llamamos ilustradas? No; Aristóteles, Horacio, Vida, Boileau, Martinez de la Rosa y tantos otros como han escrito artes poéticas, sentaron ciertos principios, indicaron algunas verdades, señalaron varios escollos, pero no se diga que fundaron una filosofía del arte dramático, puesto que ni aun tenemos completa su nomenclatura, su language, su primer instrumento de raciocinio. Marmontel, Bateux y Laharpe profundizaron mas; pero sus obras magistrales son solo hoy dia unos faros remotos que apenas arrojan ya la luz necesaria para dilucidar cuestiones nuevas, dudas nacientes que han surgido con la marcha progresiva de la civilizacion hácia la deseada unidad de todos los conocimientos. ¿Qué es comedia? ¿qué es drama? ¿qué es melodrama? ¿qué es *vaudeville*? ¿existe, puede existir todavía la tragedia? ¿qué son piezas de costumbres, atendida la variedad de costumbres que presenta el cuadro confuso de la sociedad actual? ¿es un género aparte de composiciones lo que hoy llamamos drama político? ¿llegará á crearse el drama filosófico-social? ¡Cuántas cuestiones sin resolver! ¡cuántos juicios sin fundar! Una de tantas preocupaciones, la mas estendida quizá, es la de censurar toda produccion dramática en que jueguen mas ó menos las alusiones, principios y costumbres políticas, solo por el mero hecho de ser tales, sin fijar la consideracion en la belleza del conjunto literario de la obra, y en el fin moral á que puede y debe tender. Nosotros jamás hemos pensado así, siempre que el drama haya guardado las proporciones de tal, sin convertirse en arma ofensiva de partido ó en clamor inocente pero estemporáneo de desahogo; por esta razon, oída la composicion de los señores hermanos Asquerino, desde luego les tributamos la sincera oferta de nuestra justa ó errada aprobacion. *Las guerras civiles*, ese azote de las sociedades antiguas y modernas, es el título que mejor pudiera fijar la atencion del público; así que, los autores, apartándose del plan seguido por el Sr. Gil y Zárate en *La familia de Falkland*, no solo han logrado fijarla por esta via,

sino cautivarla con la armonía lírica, y aun deslumbrarla en mas de una escena con un language casi oriental. Enemigos no obstante de todo paralelismo estéril, nos abstendremos de comparar bellezas con bellezas y lunares con defectos, si bien esta no impedirá que reconozcamos en *Las guerras civiles*, mas intencion, regularidad y buen efecto que los que á su tiempo notamos respecto de la produccion del Sr. Zárate. Ciñámonos á la actualidad.

La famosa guerra de sucesion, origen de tantos disturbios en nuestro malaventurado suelo, traia divididos y profundamente enconados los ánimos de los diversos partidarios que, unos abrazaban la causa del archiduque Carlos de Austria, y otros defendian la bandera de absoluta unidad levantada desde el trono del Hechizado por Felipe V. En este estado de cosas principia el drama en el hogar tranquilo de una alqueria, centro de los placeres mas inocentes, y modelo ideal de los idilios mas encantadores. Clara se trasluce la idea profunda que se han propuesto desenvolver los poetas, presentando en primer término y como base fundamental del drama, el terrible contraste de las dulzuras de la vida campestre con los horrores de una guerra fratricida. Luis y Carlos, hijos de Matilde, materializan con sus contrarias opiniones idea tan oportuna, mas como se requería precisamente una ocasion notable que por via de exposicion diese á conocer al público el fondo de corazones tan enemigos sin saberlo, fingese que el mismo rey Felipe llega á la alqueria, extraviado en el monte cercano, y un emisario austriaco, acorde con Luis, le exige que se apodere del soberano usurpador, aun cuando haya de violar para ello los santos fueros de la hospitalidad. Aquel lo resiste como español y caballero, ofreciéndose de guia á Felipe V, de suerte que al llegar el austriaco y sus parciales, el rey ha salvado su vida y Luis su honra. Pero ¡ah! suena el clarin de la guerra civil cual la trompeta del ángel exterminador, y los hermanos se dividen para no estrecharse sino en la tumba: ¿qué harán Matilde y Aurora, huérfana á quien aquella ampara y sus dos hijos aman? Trasládanse á la corte, donde ascendido Carlos á capitán en premio de sus servicios, dá la orden de prender á los iniciados en cierta trama contra el trono de Felipe, distinguidos por un lazo verde atado al brazo. Luis nunca faltó á sus compromisos como hombre de pundonor, y así, despues de desoir las reconvenciones de su hermano, y á despecho de las lágrimas y autoridad de su comun madre, al saber por Carlos el descubrimiento de la conspiracion en pro del archiduque, vuela á ocupar su puesto para morir ó vencer con honra. Aquí terminaria la accion si asaltado por los soldados leales á causa del fatal lazo, no cayera bajo la férula del severo monarca de dos mundos. Aurora implora su gracia, apelando al recuerdo de la aldea, donde Luis le salvó á su vez de la ira de los austriacos; Matilde acude tambien á palacio, pero todo en vano. El rey no consiente en perdonar al traidor, sin que antes se obligue á espiar su deslealtad con una vil defeccion de los pendones del Austria: ¿y qué? ¿todavia seguirá consecuente el carácter de Luis en tan imponente trance? Fuera menester transcribir entera toda la escena 7.^a del acto 3.^o, para comprender todas las bellezas de invencion y de estilo que ofrece tan interesante y natural situacion; pero bastan en prueba de su reconocido mérito estos cuantos versos:

Rey. ¡Y cuando próximo está

El austriaco, mi pendon
No defendereis quizá!
Luis. No cabe en mi alma traicion!
Perdonad; mas si os dijera
Lo contrario, fingiria:
¡Abandonar mi bandera!
¡Y yo salvarme pudiera
A costa de la honra mia!
Por juzgarme desleal
Me condenan, y en rigor,
Si acepto propuesta igual,
Castigado soy por leal,
Perdonado por traidor.
La muerte, señor, prefiero,
A cometer tal vileza.
Que mi honor es lo primero
Y no compro mi cabeza
Con mi honra de caballero.
Y luego, indignado el rey por tanta terquedad, replica

Luis.
En vos grandeza no fuera
Si la vida al perdonarme
Torpe interés os moviera,
Y yo solo consiguiera
Para vivir deshonorarme.
Yo no quise preguntaros
De vuestro escudo el blason
Hospitalidad al daros,
Ni de un riesgo al libertaros
Os impuse condicion.
Contrario á vuestro partido,
Aunque supe vuestro nombre,
Os liberté, no os asombre:
Pues por el honor movido
Al rey no ví, sino al hombre.
No ve la noble conciencia
De la bandera el color
Para mostrar su clemencia;
Porque de la Providencia
Es un destello el amor.
Que los mas sublimes dones
Son, de la divinidad
Las generosas acciones,
Y Dios puso la piedad
En todos los corazones.

Al fin, vencen los ruegos unidos de Matilde y Aurora, y Luis es perdonado; mas otra peripecia se prepara como precursora de la final é inmediata catástrofe. El austriaco llega á las puertas de la ciudad, y tornan á dividirse los dos hermanos, cuando Matilde, emblema de la patria desgarrada por sus caros hijos, esclama en el colmo del sentimiento:

Mat.

Deponed tan fiero encono;

De Dios respetad las leyes;

No es la patria, son dos reyes

Que se disputan un trono.

Si le pierden, conquistar

Esos reyes podrán otros,

Mas si la perdeis vosotros,

¿Podreis otra madre hallar?

Efectivamente, Luis y Carlos mueren defendiendo obstinadamente hasta el fin sus contrarios puestos; Matilde cae al saberlo en un delirio momentáneo, mas restablecida algun tanto con el desahogo que le presta el dolor mas profundo, une su plegaria á la de Aurora para que Dios reciba en su seno á los dos mártires de *las guerras civiles*.

El pensamiento moral de este drama es intachable bajo cualquier aspecto que se considere, porque como fondo de un argumento altamente dramático, interesa el ánimo del espectador, conducido sin violencia ni repugnancia de una en otra escena hasta la catástrofe ejemplar que deja por fin aterrado el corazon; y si solo se atiende á la severidad de la leccion filosófica, disfrazada con las formas mas deleitables, el cuadro de los males que trae necesariamente la discordia civil, enseña y conmueve ya que desgraciadamente no corrija ni ruborice. En cuanto al plan de la obra, bien es verdad que con mas latitud pudiera abrazar otros incidentes y episodios oportunos que animasen la accion, lánguida y monótona, cuando los dos hermanos, desde la altura de sus rencores políticos, vienen á caer unidos á los pies de Aurora; pero sencillo y verosímil como es, llena las primeras condiciones artísticas de una composicion dramática. Así es que examinada la de los Sres. Asquerino con el detenimiento que se debe á los autores de primer orden, solo en ciertos detalles de poca importancia, tal como el lirismo asiático que resalta en algunas escenas, encontraremos los lunares que otros críticos han notado con anterioridad. La entrada del rey en la alqueria sin ningun individuo de su guardia, cuando tan cerca andaban sus encarnizados enemigos, nos parece poco creíble, si bien sabemos que algo se ha de dejar á la eventualidad probable de ciertos acontecimientos en pro de un buen drama. Tampoco son mas verosímiles la larga permanencia de Matilde y Aurora en la real cámara, y la tolerancia con que un monarca llamado Felipe V escucha las endechas y desvarios de la madre de un traidor muerto por destruirle. Los héroes principales mezclados en un episodio de amor, producen respecto del público un efecto contrario quizá á la intencion de los poetas, porque truncando precisamente el hilo que sigue la marcha de la accion, debilita el interés principal, distrayendo el ánimo de la idea grande y severa concebida por la esposicion. Por esta razon aparece inútil hasta cierto punto el papel de Aurora que pudiera quizá suprimirse en el argumento, sin que la accion perdiese en interés, ó bien darle otra intervencion mas directa en el plan, á fin de que este ganase en belleza y originalidad. En orden á los caracteres, el de Luis está perfectamente concebido y pintado, pero el de Carlos pudiera participar de otras tintas que matizasen con alguna variedad el fondo del argumento, motivando mas y mas la divergencia de sus encontradas opiniones. Ali-

quando bonus dormitat Homerus. Verdad es que hemos podido contar los defectos, pero apenas podemos indicar ligeramente las muchas y señaladas bellezas del drama que analizamos. Las escenas del primer acto, la 6.^a y 7.^a del 2.^o, y el sueño que Matilde refiere en el 3.^o, contienen ideas, afectos y pensamientos nobles y poéticos exornados con una pompa de versificación casi escesiva. ¡Qué otra exclamación mas natural en boca de una madre, cuando en la escena 11.^a del acto último, vé escaparse de su seno los dos pedazos de su corazón, arrastrados á combatir frente á frente por el demonio de la discordia, representada en el emisario austriaco!

Mat.

¡De vuestra ciega ambición
Inocentes instrumentos!
¡Ah! no fuerais tan prolijos
En sanguinarios enconos
Si levantarais los tronos
Con sangre de vuestros hijos!

— Cuando la poesía presta este lenguaje al drama, bien se pueden pasar sin críticas ciertas metáforas forzadas y algunas imágenes confusas. Calculado todo, creemos pues, que los Sres. Asquerino han merecido bien de la literatura nacional: justo es que el gobierno les haya recompensado su digno trabajo, concediéndoles un beneficio en el teatro del Principe.

La ejecución de su drama en el nuestro ha correspondido á lo que podíamos esperar de su compañía de declamación. El Sr. Guerra, naturalmente debia representar bien un carácter como el de Luis, adecuado á su edad y facultades; no menos acertada se mostró la Sra. Valero. En cambio la Sra. Rimbau careció de expresión, y el Sr. Tormo manifestó poca naturalidad en algunas escenas.

¿Qué podemos decir del porvenir á nuestros lectores? Los que sepan por otros periódicos que se ha vuelto á anunciar la subasta de nuestro coliseo, con arreglo á las bases reformadas, segun el decreto del 7, lo saben todo. Durante el santo tiempo de la cuaresma, ayunaremos como es consiguiente, fuera de diez ó doce funciones que parece se preparan, á fin de que no desmayemos en tanto que algun calculista se encarga de decidir la cuestión valenciana.

ERRATAS.

En el núm. 16, página 1.^a, línea 19, dice *estrañaría*, por *entrañaría*.
En la página 255, línea 12, dice *creemos*, por *creimos*.